

Pedro Álamo Carrasco

CONSEJERÍA *de la* PERSONA

restaurar desde la comunidad cristiana



• Comunión • Equipamiento • Gloria de Dios •
• Libertad • Maduración • Reconciliación • Santidad •

Clie

CONSEJERÍA DE LA PERSONA

**Restaurar desde
la comunidad crisitiana**

Pedro Álamo Carrasco

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



© Pedro Álamo Carrasco

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

© 2011 Editorial CLIE

CONSEJERÍA DE LA PERSONA

Restaurar desde la comunidad cristiana

ISBN: 978-84-8267-561-9

Clasifíquese: 0450 - CONSEJERÍA PASTORAL

CTC: 01-05-0450-27

Referencia: 224752

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

A nuestro Dios,
Restaurador de todas las cosas.

*“Si te convirtieres, yo te restauraré,
Y delante de mí estarás” (Jer 15.19).*

ÍNDICE GENERAL

Introducción.....	9
¿Qué es la restauración espiritual?	15
2.1 Preliminares	15
2.2 Restauración espiritual: generalidades.....	19
2.3 Restauración espiritual: particularidades	24
2.4 Definición descriptiva.....	26
Agentes de restauración: la persona afectada	29
3.1 Consideraciones	30
3.2 Desear y querer	32
Agentes de restauración: Dios	37
4.1 Dios fortalece al creyente	38
4.2 La acción del Consolador	41
4.3 La intercesión del Espíritu.....	46
4.4 La acción de la palabra.....	51
4.5 La disciplina divina	59

Agentes de restauración: los pastores 69

- 5.1 Cualidades pastorales 70
- 5.2 Funciones y responsabilidades pastorales ... 75
- 5.3 Una conexión emocional 110

Agentes de restauración: la Comunidad

Cristiana 113

- 6.1 Existe situación de pecado..... 116
- 6.2 Intervención de las personas espirituales... 117
- 6.3 Objetivo: la restauración 119
- 6.4 Actitudes correctas..... 121
- 6.5 Un ejemplo 123

Principios y fundamentos de la restauración

eficaz 129

- 7.1 Principios y fundamentos para la persona
que ha caído 130
- 7.2 Principios y fundamentos para la
Comunidad Cristiana 142

Metas de la restauración 155

- 8.1 La reconciliación 156
- 8.2 La comunión..... 157
- 8.3 La santidad 159
- 8.4 La libertad..... 161
- 8.5 El equipamiento..... 163
- 8.6 La maduración..... 166
- 8.7 La gloria de Dios 168

El proceso de restauración: generalidades 171

- 9.1 Lectura y comprensión de las escrituras 173
- 9.2 Confesión de pecado 174
- 9.3 Compromiso del pueblo..... 177

9.4 Restauración	179
9.5 Alabanza	180
El proceso de restauración: pasos	181
10.1 El contexto	183
10.2 El proceso.....	185
10.3 Atar y desatar.....	193
10.4 El perdón	196
Algunos ejemplos bíblicos de restauración.....	199
11.1 El rey David	200
11.2 El apóstol Pedro.....	206
11.3 Un caso de inmoralidad	209
11.4 Los nobles de Judá.....	215
Llamados a restaurar a los heridos.....	219
Apéndice 1. Cualidades pastorales	225
Apéndice 2. Entregar a Satanás	233
Bibliografía	237

CAPÍTULO 1

Introducción

No es fácil hablar de restauración debido a nuestras propias limitaciones personales, a que tenemos experiencias de fracaso, visiones parciales de la vida, obstáculos psicológicos que nos impiden comprender la verdadera dimensión de lo que Dios es capaz de hacer en medio de su pueblo.

Podemos conocer muchas teorías; incluso, intentar aplicarlas. Pero, al tratarse de personas, nos damos cuenta de que no hay una constante universal aplicable a todos los seres humanos.

Cada uno de nosotros es único, tiene un bagaje, un trasfondo, unos condicionantes particulares, tanto familiares como personales y sociales que nos predisponen para pensar y actuar de formas radicalmente distintas a como lo harían otros e, incluso, a como lo haríamos nosotros mismos en otras circunstancias y momentos de la vida.

Dicho de otra forma, lo personal (físico, mental y espiritual) y lo social (ya sea la familia u otras personas con las que

nos relacionamos) se afectan mutuamente estableciendo unas coordenadas que configurarán las respuestas que damos frente a las presiones a que nos vemos sometidos. Cambiando uno de esos parámetros (estado de ánimo, circunstancias familiares o laborales, enfermedad física...), puede verse afectada toda la cadena de respuestas que somos capaces de dar y esto se produce de manera inconsciente.

Para ilustrarlo de alguna forma, en la industria gráfica moderna, la impresión digital trabaja a partir de cuatro colores (CMYK); si queremos conseguir un color plano, como por ejemplo, el naranja, siempre tenemos que hacerlo a partir de la mezcla de los cuatro colores y cualquier variación en uno de ellos, aunque sea leve, afecta al resultado final. De la misma manera, la personalidad de un individuo se forma a partir de un gran número de parámetros y cualquier variación en uno de ellos afecta al resultado final; por eso todos somos tan diferentes, incluso dentro de una misma familia.

Por ello, será necesario recurrir a la Palabra de Dios para vislumbrar lo que el Creador nos propone tratando de no desvirtuar su legado.

Ahora bien, nadie que se atreva a hablar de restauración puede hacerlo desde una actitud prepotente, como si nunca hubiera descendido a las puertas del infierno. Solo se puede hablar de restauración desde la experiencia de pecado, con la conciencia alerta para no olvidar lo que todos nosotros somos: pecadores en proceso de restauración por la gracia de Dios. En este sentido, merecería la pena recordar las veces que hemos caído y qué proceso hemos seguido para volvernos a levantar y caminar con dignidad, como hijos de Dios.

Por ejemplo, ¿qué possibilitó que David, en cuyos salmos nos deleitamos, fuera restaurado por el Señor y continuara reinando después de haber adulterado, mentido y asesinado a uno de sus leales súbditos? ¿Cómo pudo Pedro escribir las cartas

del Nuevo Testamento que llevan su nombre después de haber negado a Jesús y fuera señalado por Pablo como un hipócrita diciendo que era digno de condenar?

Israel vivió experiencias amargas en el desierto después de ser liberado de Egipto. Dios tuvo que batallar con un pueblo duro de cerviz. El desierto se convirtió en una experiencia vital para el pueblo de Dios, donde aprendió quién era el Señor y qué esperaba de los suyos. Allí, en el desierto, el alma podía ser muy fértil y el espíritu se mantenía despierto, expectante, para contemplar la gloria de Dios guiando a su pueblo hacia el reposo prometido.

Así las cosas, desierto y tierra prometida no se pueden separar, como tampoco se puede entender la liberación sin la esclavitud... De igual manera, ¿cómo podremos concebir la restauración sin la caída?

¡Si la Iglesia fuera capaz de comprender la verdadera dimensión de la restauración cristiana! Si la Iglesia tomara conciencia de que no está para juzgar a los demás, sino para ejercer misericordia, la restauración sería posible. La humildad es la mejor compañera de la restauración ya que, a partir de ahí, nos acercamos al otro con la actitud correcta, dispuestos a socorrerle en momentos de debilidad, incluso de rebeldía y, por qué no, de pecado.

Ahora bien, ¿quién ha de ser restaurado? ¿Quién ha de restaurar? ¿Qué procesos podemos establecer? ¿Hay principios activos en la Escritura que nos puedan orientar hacia este ministerio tan olvidado? ¿Qué síntomas nos permiten atisbar posibilidades de recuperación espiritual? ¿Qué impide la restauración eficaz?

Fijémonos que estamos hablando de la restauración de las personas, no de las cosas. Esto significa que entran en juego un sinnúmero de elementos que, en ocasiones, son difíciles de controlar. Además, presuponemos que puede haber avances

y retrocesos en ese proceso de rehabilitación en el que todos estamos involucrados y que los errores que podamos cometer pueden dejar una huella muy penetrante en nuestra memoria personal y colectiva.

¡Cuántas personas se han distanciado de la Iglesia por haberse aplicado un procedimiento equivocado, una medicina incorrecta! Por supuesto, no estamos dudando de la buena intención de los miembros de la iglesia y de los pastores; pero, cuando alguien abandona, hemos de preguntarnos: ¿habremos hecho algo mal?, ¿podríamos haber actuado de otra forma?, ¿hemos sido lo suficientemente flexibles en esta situación?, ¿hemos tenido la paciencia necesaria y adecuada?, ¿hemos evidenciado el amor suficiente?...

En estos momentos, solo puedo acordarme de los años en que yo mismo desarrollé pautas y procesos equivocados en el ministerio pastoral que condujeron a resultados negativos en la restauración de algunas personas. La inexperiencia, la ignorancia, la falta de humildad, las presiones religiosas, los prejuicios... ¡Cuántas veces he lamentado esto! Pero aun así, nos ha de consolar pensar que, allí donde nosotros no lleguemos, allí donde nosotros nos equivoquemos, estará la buena mano de nuestro Dios que es capaz de arreglar lo que hemos estropeado. No obstante, sabedores de nuestras limitaciones, hemos de esforzarnos en poner todo el esmero y diligencia para servir a los demás con la mayor eficacia, con el mejor de los cuidados, no sea que cometamos un error y sea casi irreparable.

Pensemos en la vulnerabilidad de un enfermo. Depende enteramente de lo que el médico le indique. Un error en el diagnóstico, o en la medicación o en el proceso de recuperación, puede ser dramático. Aquí no caben improvisaciones; los descuidos se pagan muy caros.

Lo mismo ocurre en la vida espiritual. La negligencia puede acarrear grandes pérdidas personales y eclesiales. Por ello,

vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio, al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.¹

¹ 2 Pedro 1.5-7.

CAPÍTULO 2

¿Qué es la restauración espiritual?

Preliminares

La palabra restauración viene del latín *restaurare*, y significa reparar, renovar o volver a poner una cosa en aquel estado o estimación que antes tenía;² incluso tiene la acepción de recuperar.

En este sentido, podemos ya plantear que la restauración tiene que ver con una situación previa que existía y que ha sido modificada o cambiada. Lo que no incluye, a priori, esta definición es que el estado previo era mejor que el actual. Ponemos, por ejemplo, la restauración de una pintura de Velázquez que se ha deteriorado con el paso del tiempo, el grado de humedad que hay en el museo, la temperatura, las fotografías que se han realizado con luz artificial, la iluminación indebida, el polvo... La acción de restaurar tiene que ver con recuperar la belleza anterior de que disfrutaba ese lienzo. Lo mismo

² Diccionario de la Real Academia Española.

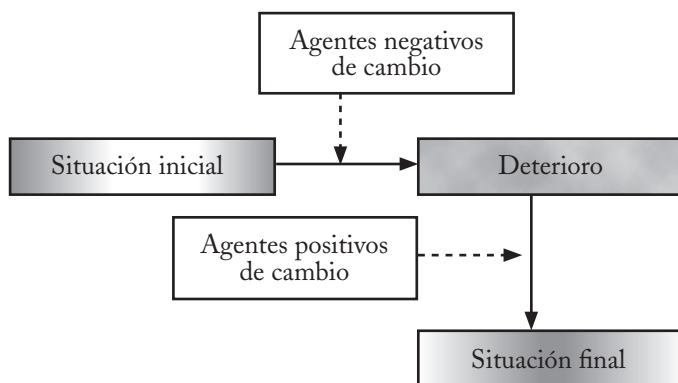
podríamos decir de un fresco de Miguel Ángel o una escultura de la época romana.

Esto nos permite hablar de un proceso que podríamos representar de forma esquemática de la siguiente manera:

Situación inicial → Deterioro → Situación final

Aun así, el diagrama no estaría completo si no incorporamos los *procesos intermedios* que han dado lugar al cambio de situación. Por ejemplo, los agentes que han provocado la variación de la situación inicial y que han generado un deterioro y, también, los agentes que han permitido el cambio desde la situación de deterioro hasta la de restauración.

Así, podríamos completar nuestro esquema de la siguiente forma:



Identificar la situación inicial, la intermedia (deterioro) y la situación final no es demasiado difícil; lo más complicado está en determinar cuáles han sido los agentes que han provocado los cambios, tanto hacia el deterioro como hacia la restauración, ya que intervienen muchos factores, tanto internos como externos.

Todavía hay una cosa más en nuestro esquema. Podríamos preguntarnos si la situación final es igual a la inicial; es decir, una vez desarrollados los agentes que provocan el cambio de la situación de deterioro a la de restauración, el estado final es igual o es solo similar al inicial.

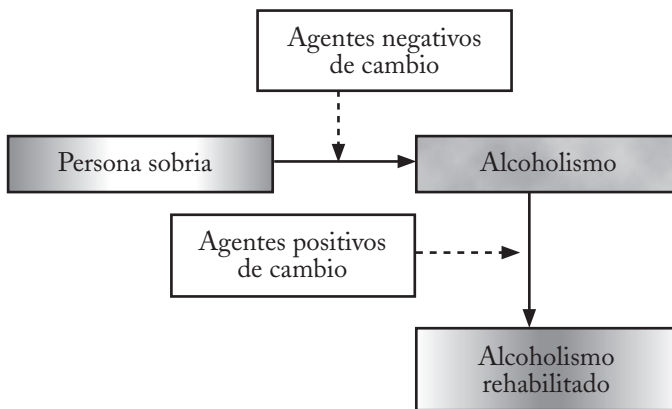
Si se trata de un objeto, es posible que, externamente, no podamos apreciar la diferencia y nos parezca que ha quedado igual. No obstante, si preguntamos a un experto, nos dirá que hay diferencias sustanciales que requerirán cuidados especiales. Por ejemplo, volviendo a la restauración de una obra de arte, los recursos con los que actualmente cuentan los especialistas para desarrollar su trabajo son extraordinarios, pero se ha producido un cambio que ha afectado para siempre a dicha obra. Su esencia no será la misma.

Cuando hablamos de la restauración de una persona, los análisis son todavía más complicados porque los factores que entran en juego son muy variados. Pongamos un ejemplo. La vida de una persona puede verse truncada por experiencias traumáticas que desemboquen en el refugio del alcohol. No vamos a discutir aquí los procesos intermedios que inducen a la persona a beber, ya que no es motivo de este estudio. Nos basta con recordar que el alcohol es uno de los más potentes ansiolíticos con los que contamos en nuestros días y es de consumo libre.

La persona de nuestro ejemplo se refugia en el alcohol y, en un momento determinado, se produce el salto que le impide desarrollar su vida cotidiana sin el consumo necesario de la droga. Su dependencia es cada vez mayor y su deterioro también. He conocido personas muy respetables, y les he oído compartir su experiencia de alcoholismo; realmente dramático. Antes de tocar fondo, habían destrozado sus relaciones familiares, laborales, sociales; su habilidad para la mentira era compulsiva, casi instintiva. Buscaban botellas en los

contenedores de basura deseando encontrar unas gotas que aliviaran su dolor...

Después, se han convertido en personas que están en proceso de rehabilitación, pero son conscientes de que, en su organismo, se ha producido un cambio y que es irreparable. Se han reconocido como enfermos alcohólicos y tendrán siempre ese estigma.³



Los cambios producidos en el cerebro de un enfermo alcohólico son permanentes. Puede desarrollar una vida totalmente normal mientras no consuma ni una sola gota de alcohol. Ese será su signo de identidad a partir del momento de la rehabilitación.⁴

¿Qué quiero decir con todo esto? Varias cosas:

Primeramente, los procesos de deterioro son, normalmente, prolongados en el tiempo. Pocas veces son instantáneos.

³ El estigma era una marca impuesta con hierro candente, bien como pena infamante, bien como signo de esclavitud.

⁴ Recomendamos el libro de Josep. P. Carreté, *Alcohol. Adorno y tragedia* (Terrassa, Clie, 1998).

En segundo lugar, cada persona es diferente. Por ejemplo, el alcohol afecta de manera diferente a cada individuo; unos terminan en alcoholismo y otros no.

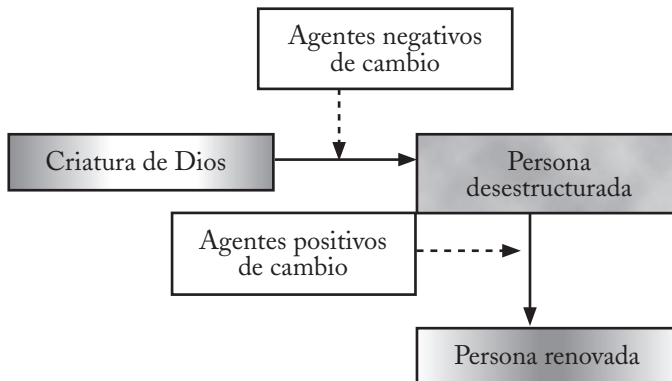
En tercer lugar, los agentes de cambio negativos son innumerables, difíciles de conocer y detectar. Ahora podemos intuir algunos de ellos, pero son diferentes en cada persona.

En cuarto lugar, el estado final de la persona es diferente al estado inicial.

Restauración espiritual: generalidades

Hasta aquí, hemos planteado algunos conceptos de la restauración general de la persona, pero no hemos entrado a discutir, todavía, la restauración espiritual, que tiene unos paralelismos muy significativos con la recuperación física, pero no es exactamente igual, como veremos.

Cuando hablamos de restauración espiritual, incorporamos un nuevo componente que va más allá de las leyes físicas. Estamos hablando de una nueva dimensión que trasciende lo que somos capaces de ver y analizar en nuestro mundo material. Revisemos una vez más nuestro esquema matizado con componentes espirituales:

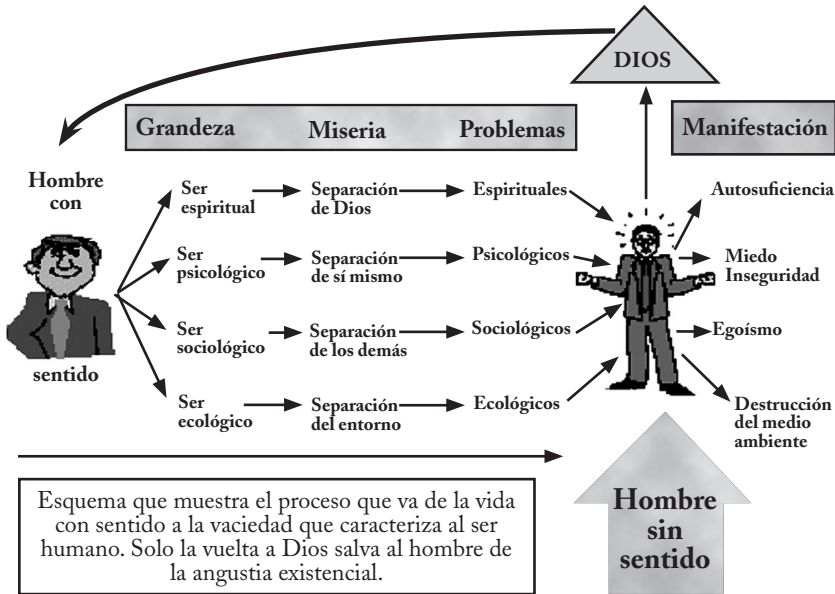


La persona es criatura de Dios. Esto es lo que podemos leer en Génesis 1-2. Además, la Escritura nos dice que *vio Dios que era bueno en gran manera* (Gn 1.31). Por añadidura, el texto bíblico nos permite identificar una diferenciación entre todo lo demás que fue creado y el ser humano. Precisamente esa diferenciación tiene que ver con la imagen y semejanza: *creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó* (Gn 1.27). Además, tiene una posición de preeminencia sobre todo lo demás que ha sido creado, posición que fue identificada tanto para el varón como para la mujer, pues se les dijo a ambos que señoreasen sobre la tierra (Gn 1.28).

Ahora bien, Génesis 3 nos habla de la caída. No entraremos a ver los mecanismos que produjeron el cambio sustancial que afectó a toda la creación. Basta recordar que las consecuencias fueron dramáticas: la unidad que debía existir entre el ser humano y Dios quedó afectada; los desequilibrios que aparecieron en la persona fueron manifiestos; el distanciamiento que se produjo entre el varón y la mujer quedó patente; y la tensión que se generó entre el ser humano y la creación fue evidente. Todo quedó afectado por el pecado.

El siguiente diagrama nos indica los diferentes tipos de problemas que afectan al ser humano: espirituales, psicológicos, sociológicos y ecológicos. Además, propone el camino para salvar al hombre de su angustia existencial: la vuelta a Dios, la conversión, el arrepentimiento. Veámoslo gráficamente:⁵

⁵ Para más detalles, ver mi libro *La Iglesia como comunidad terapéutica* (Terrassa: Clie, 2005).



A partir de ahí, el hombre nace a una nueva existencia. Aquí no se trata de restauración, sino de nueva vida. La Escritura nos dice que *si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas* (2 Cor 5.17).

Este texto introduce la diferenciación que señalábamos anteriormente al hablar de los procesos de restauración físicos y los espirituales. Mientras que lo físico genera un estado diferente al inicial (por lo general, inferior), lo espiritual genera un estado nuevo (por lo tanto, superior). No es tanto renovación o restauración, sino transformación.

Cuando Dios salva a una persona de su estado de condenación, la hace nacer de nuevo a una nueva vida; se convierte en una nueva criatura. No es una reparación, es una nueva creación. Esto tiene unas connotaciones extraordinarias. No obstante, seguimos viendo debilidades, tropiezos, retrocesos..., en nuestra propia existencia como creyentes. ¿Por qué?

Me atrevería a decir que, aunque somos una nueva creación, existe un proceso de rehabilitación que va en progreso hasta llegar a su punto culminante en la Venida del Señor Jesucristo. Entonces se producirá el cambio definitivo, permanente, eterno. Dejaremos las limitaciones de esta existencia y nos abriremos a la eternidad. El apóstol Pablo apuntaba hacia esto cuando escribió: *para que sean afirmados vuestros corazones, irrepreensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo* (1 Ts 3.13). Notemos que se relaciona irrepreensible con la Venida.

Más adelante añade: *Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irrepreensible para (literalmente en) la venida de nuestro Señor Jesucristo* (1 Ts 5.23). Resaltemos, una vez más, que se identifica la santificación completa y lo irrepreensible con la Venida (παρουσία) de Jesucristo.

Mientras tanto, vamos experimentando la restauración progresiva, el proceso de rehabilitación que nos permite introducirnos a una nueva vida no exenta de obstáculos y limitaciones. Recuperemos el texto de 2 Corintios 5.17: *todas las cosas son hechas nuevas* (γέγονεν καινά). El verbo γέγονεν es un perfecto de indicativo del verbo γίνομαι que significa llegar a ser. El tiempo perfecto de indicativo expresa el resultado de una acción acabada, por lo que, muchas veces, puede ser traducido por un presente.⁶

Esto significa que todas las cosas *ya* son hechas nuevas. Ha habido un proceso, pero ya ha sido finalizado.

⁶ Dana y Mantey dicen: su significación básica es el progreso de un acto o estado hasta un punto de culminación y la existencia de unos resultados completados... Implica un proceso, pero mira a ese proceso como habiendo alcanzado su consumación y existiendo en un estado de finalización. *Gramática griega del Nuevo Testamento* (Buenos Aires: Casa Bautista de Publicaciones, 1979), p. 193.

También Bruno Corsani y otros indican que *el perfecto expresa una acción realizada en el pasado cuyos efectos duran todavía en el presente*.⁷

No obstante, reiteramos que nuestra experiencia cotidiana nos indica que no todas las cosas han sido hechas nuevas aquí y ahora. Me da la impresión de que el apóstol nos está situando en otra dimensión; en Cristo somos una nueva creación. En realidad, ahora estamos en el proceso de que las cosas sean hechas nuevas, pero cuando venga el Mesías, todo será completado. *Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es* (1 Jn 3.2).

Por otro lado, el texto dice que todas las cosas son hechas nuevas (καίová), que significa nuevo no desde el punto de vista temporal (νέος), sino cualitativo, de diferente naturaleza.⁸ Los LXX traducen con καιός el hebreo *hädäsh*, para indicar aquello que es nuevo y que antes no existía. Para la reflexión que nos ocupa, este término en la Septuaginta es interesante por el sentido escatológico de los profetas que anuncian una nueva intervención salvadora de Dios para el futuro a través de una nueva alianza (Jer 31).⁹

Esto concuerda con el planteamiento que hacíamos más arriba; en Cristo se inaugura una nueva era, un nuevo amanecer, una nueva humanidad, un nuevo modo de vivir, una nueva forma de ser, una nueva manera de sentir..., que culminará con su Venida en poder y gloria.

⁷ Bruno Corsani y otros, *Guía para el estudio del griego del Nuevo Testamento* (Madrid: Sociedad Bíblica, 1994), p. 152.

⁸ Vine, Nuevo, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento* (Terrassa: Clie, 1986), III:69.

⁹ H. Haarbeck, Nuevo, *Diccionario teológico del Nuevo Testamento* (Salamanca: Sígueme, 1982), III:179.

Recuperando el ejemplo de un enfermo alcohólico. Cuando conoce el evangelio, su vida se verá transformada a una nueva existencia, pero los efectos de su enfermedad continuarán hasta la Venida del Señor. Todas las cosas son hechas nuevas. Ahora está en proceso de rehabilitación, pero cuando venga el Salvador, será semejante a él, ya no estará sujeto a padecimiento, sino que la liberación operará en todas las dimensiones de la vida.

Restauración espiritual: particularidades

Hasta aquí hemos estado planteando el tema de la restauración de una persona en términos generales para que pueda pasar de la condenación a la salvación eterna. Ahora bien, ¿los mismos principios y procesos se aplican al creyente en su existencia cotidiana? Es decir, ahora que somos una nueva creación, ¿cómo se restaura cuando hay tropiezos?

El pueblo de Israel tuvo que ser continuamente amonestado para volverse a Dios. Los profetas desarrollaron este ministerio de confrontación con el pueblo. Solo tenemos que repasar el libro del profeta Jeremías o los profetas menores para detectar el trabajo incansable de los siervos de Dios. El devenir de la historia coincidía a lo largo de los siglos: el pueblo desobedecía y Dios les enviaba uno de sus profetas; si el pueblo escuchaba y se volvía a Dios, había bendición; de lo contrario, las consecuencias serían perniciosas. No obstante, siempre había una nota de esperanza en el mensaje profético que se fundamentaba en la misericordia de Dios.

Cuando nos acercamos al Nuevo Testamento, ocurre algo similar, pero es más personalizado en la vida de las comunidades cristianas que tenían que recibir amplia enseñanza y amonestación de los apóstoles, ya que, en muchos casos, su manera de vivir no correspondía a la nueva creación. Habían nacido

de nuevo, pero no habían comprendido, todavía, que tenía que haber una coherencia entre la nueva vida y la conducta que corresponde a los hijos de Dios. Solo tenemos que leer las cartas del Nuevo Testamento para ver lo que ocurría.

En otras ocasiones, la amonestación es más personalizada. Por ejemplo, el apóstol Pablo escribe a los corintios por un caso de inmoralidad (1 Cor 5). Hay, incluso, casos de confrontación, como el del apóstol Pedro por parte de Pablo (Gal 2.11) o el de Diótrefes (3 Jn 9) del que se dice que *le gusta tener el primer lugar*.

En definitiva, a pesar de que formamos parte de la nueva creación, la amonestación parece necesaria en el pueblo de Dios, tanto en tiempos pasados, como en los momentos presentes.

El otro concepto que planteábamos antes, también es pertinente aquí: las consecuencias negativas de nuestros actos, ¿dejan una huella permanente en el creyente cuando es restaurado?

A priori, podemos decir que las consecuencias negativas de nuestros actos permanecen, pero pueden ser atenuadas por la acción misericordiosa de Dios y de la Comunidad Cristiana.

Pongamos un ejemplo que, además, se menciona en el Nuevo Testamento. El apóstol Pablo escribe: *El que hurtaba* (κλέπτων, participio presente) *no hurte* (κλεπτέτω, imperativo presente) *más* (Ef 4.28). Da la impresión que esa situación se daba en los inicios de la Iglesia. Si un miembro de la Comunidad hurta, es confrontado y restaurado, ¿dejará alguna huella en él mismo y en las relaciones con los demás miembros de la iglesia? Una respuesta improvisada nos empujaría a decir que sí, sin ningún tipo de duda. Una mente reflexiva, seguramente, nos ayudará a matizar esa respuesta. Las relaciones quedan dañadas, pero, como nos enseña la Escritura, *el amor cubre* (καλύπτει, presente de indicativo) *multitud de pecados*

(1 P 4.8). Santiago (5.20) expresa algo similar en futuro (καλύψει, futuro indicativo). Estableciendo un paralelismo entre la vida física y la espiritual, cuando hay daño (una herida), queda una cicatriz y eso significa que ha habido sanidad, curación, restauración.

A todo lo anterior, tendríamos que sumar la práctica del perdón en la Iglesia que es consecuencia del arrepentimiento y la confesión. Solo tenemos que pensar cómo nos trata Dios a pesar de nuestros pecados: *No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados* (Sal 103.10).

Definición descriptiva

Dicho todo esto, estamos en condiciones de proponer que la restauración tiene que ver con un proceso que, primeramente, permite a una persona superar una situación de deterioro y recuperar un estado anterior que es reconocido como mejor que el actual y, posteriormente, le habilita para seguir desarrollándose como Hijo de Dios, con toda dignidad, hasta la Venida del Salvador. Las marcas de las heridas permanecerán, pero serán atenuadas por la práctica del perdón y la misericordia de la Comunidad Cristiana que refleja el amor de Dios hacia los suyos.

En el proceso de restauración ha de tenerse en cuenta tanto el origen del problema como las metas que se desean conseguir, tratando de analizar las causas que han provocado los cambios tanto negativos como positivos con el fin de instaurar una nueva pauta de conducta que permita a la persona el *control* de las diferentes situaciones que se le presenten. No es extraño en terapia de conducta con toxicómanos o alcohólicos enseñar y ensayar pautas de conducta que permitan aprender a rechazar las ofertas de consumo cuando vuelvan a su vida cotidiana.

No podemos olvidar que los procesos de cambio son siempre lentos y que, en cada persona, son diferentes. Aquí la comprensión, la paciencia, la tolerancia y el amor tendrán que ser los compañeros de viaje si deseamos una restauración eficaz.

La restauración tiene que tener como principio vital ayudar a las personas a recuperar su *dignidad* y a potenciar el estado de *libertad* en todos los sentidos de la existencia. La labor de los psicoterapeutas, los psiquiatras, los asistentes sociales, los psicólogos, los pastores, los maestros, los educadores..., tiene que ver con ayudar a los demás a que recuperen su autoestima, a que se valoren, a que puedan caminar con la cabeza alta a pesar de lo que haya ocurrido en el pasado, a que puedan encontrar sendas de liberación...

Terminamos esta sección planteando que el Dios de la Biblia es un Dios restaurador, que da nuevas oportunidades a sus hijos y les enseña el camino de la libertad permitiendo que recuperen la dignidad que les concede el ser hijos de Dios.

CAPÍTULO 3

Agentes de restauración: la persona afectada

Son varios los agentes que intervienen en el proceso de restauración, desde el Espíritu Santo hasta los miembros de la Comunidad. No obstante, la persona afectada es la más interesada en todo este proceso y, necesariamente, en ella está la clave de su progreso. De forma paralela hemos de situar la acción sanadora del Espíritu Santo, la labor de acompañamiento pastoral y la edificación de los miembros de la Comunidad. Todo ello configura la misión de la Iglesia que se articula en la práctica de la tolerancia, el perdón y el amor de los unos a los otros.

Por motivos didácticos vamos a considerar cada uno de los agentes involucrados de forma separada; pero, como hemos indicado antes, se trata de acciones paralelas, muchas veces simultáneas, para que se pueda experimentar sanidad y restauración integral en el seno de la Comunidad.

De poco serviría una acción pastoral dirigida a la persona afectada y descuidar la parte que le corresponde a la iglesia.

Cuántas veces hemos visto a los pastores desarrollar estrategias de recuperación y la iglesia no les ha acompañado en ese proceso; y, por el contrario, cuántas veces los pastores han mostrado actitudes inflexibles que han impedido la recuperación de los que han caído y la iglesia ha dado muestras de madurez, tolerancia y misericordia. Por ello, insisto en la necesidad de que todos los agentes de restauración actúen de forma concomitante.

En mi opinión, la evolución favorable del proceso de restauración dependerá, en gran medida, de las actitudes y de las acciones que llevará a cabo la persona afectada después de haber tocado fondo.

Consideraciones

Primero, cada persona sigue un *proceso* particular de deterioro que puede ir desde unos minutos hasta algunos meses. Esto significa que cada caso es diferente y lo que ha pasado a alguien no tiene por qué ocurrir a otros necesariamente.

En segundo lugar, cada persona tiene sus fortalezas y sus debilidades. Es decir, hay un umbral de *vulnerabilidad* que puede ser más o menos consciente. Esto nos tiene que ayudar a evitar el juicio apresurado cuando alguien ha caído en aquello que nos parece inverosímil e indigno en un creyente. En la medida en que seamos conscientes de nuestra propia debilidad, nos permitirá desarrollar actitudes de solidaridad y misericordia con el hermano que ha tropezado.

En tercer lugar, cada persona tiene una medida diferente sobre tocar fondo y esa medida escapa a la razón. Para unos puede ser haber destruido a la propia familia; para otros, la pérdida del empleo; para otros, verse esclavizado por el alcohol; para otros, el desasosiego que producen los complejos de culpa al llevar una doble vida...

CAPÍTULO 4

Agentes de restauración: Dios

De manera simultánea o paralela a la acción de la propia persona en el proceso de restauración, está la obra de Dios. La pregunta que hemos de plantearnos en estos momentos es: ¿cómo actúa Dios hacia sus hijos cuando tropiezan?

En la Escritura, vemos que Dios confronta a la persona con su propia realidad y lo hace con misericordia y benevolencia. A la vez, encontramos textos que nos hablan de la disciplina divina hacia aquellos que ama. Así que, tenemos, por un lado, la bondad de Dios (que no nos paga conforme a lo que merecemos) y, por otro, su disciplina (castiga al pecador). Insistimos en que hay textos que nos hablan de la severidad de Dios y pasajes que expresan su gracia y misericordia. ¿Cómo se pueden conjugar estos dos extremos? ¿De qué depende que Dios actúe de una forma y/o de otra? ¿Son excluyentes?

Todavía podemos ser más incisivos: el Dios del Antiguo Testamento, dicen algunos, es severo y vengativo, mientras que el del Nuevo Testamento es amor, misericordia, Padre... Es evidente que esta es una lectura simplista, ya que lo que

observamos en los evangelios es una manifestación de la severa justicia de Dios que no se puede separar de su profundo amor por la humanidad: alguien paga por el pecado de los hombres, Jesús, en la cruz del Calvario. Eso es justicia, pero también es amor, y tiene que ver con la coherencia de todo el Consejo de Dios; si solo nos quedamos con la misericordia de Dios, a expensas de la justicia, o viceversa, estaríamos mutilando a Dios.

Hay un par de pasajes que hilvanan de una manera magistral estos conceptos: Génesis 18.16-33. Abraham intercede por Sodoma. Abraham indica a Dios que no puede destruir al justo con el impío y que el justo no puede ser tratado como el impío (v. 25). La respuesta de Dios es: *Si hallare en Sodoma cincuenta justos dentro de la ciudad, perdonaré a todo este lugar por amor a ellos* (v. 26). Este pasaje nos indica lo que hay en el corazón de Dios: misericordia, pues es capaz de perdonar la destrucción de una ciudad populosa si encontrara a uno que fuera justo, y eso lo hace por amor. Aquí la escena acabó en destrucción.

El otro pasaje nos informa de otra situación similar, que no termina en tragedia: la historia de Jonás. Dios anuncia la destrucción de Nínive y envía al profeta Jonás a anunciar el mensaje de Dios; el pueblo se arrepiente y es perdonado. El único que se molesta ante la misericordia del Señor es el profeta, el siervo de Dios.

Así que vemos cómo en el Antiguo Testamento se va entretejiendo la misericordia de Dios con su justicia.

Vamos a ir por partes para tener una perspectiva general sobre la acción de Dios en el proceso de restauración.

Dios fortalece al creyente

Antes hemos mencionado el texto de Efesios 3.16: *para que os de... el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu*. Este pasaje está insertado en un contexto muy llamati-

CAPÍTULO 5

Agentes de restauración: los pastores

Hasta aquí hemos visto que para una restauración eficaz, la persona afectada ha de ser la principal interesada en el proceso de recuperación; de forma simultánea o paralela está la acción de Dios que fortalece al creyente, y le ayuda a través de la obra del Espíritu Santo y a través de la Palabra, instruyéndole y disciplinándole para corregir aquello que no está de acuerdo a su voluntad.

Ahora nos vamos a centrar en la obra pastoral. El Señor, normalmente, se ha servido de personas para desarrollar su obra. Ya en tiempos antiguos, Moisés tuvo que escoger a un grupo de personas para que le ayudaran en el trabajo diario, ya que la carga era excesiva para él solo. El texto bíblico refiere primeramente las cualidades especiales que tenían que tener esas personas (Ex 18.21: *varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia*) para pasar a puntualizar el trabajo que tenían que desarrollar (Ex 18.22: *Ellos juzgarán al pueblo en todo tiempo; y todo asunto grave lo traerán a ti, y ellos juzgarán todo asunto pequeño*).

En la historia de Israel, hubo un momento en que había que elegir a una persona que sustituyera al rey Saúl. Samuel siguió un proceso de selección pero, sensible a la voz de Dios, no encontró al elegido en los que tenían una imponente fortaleza física, sino en el que poseía un buen corazón (1 Sam 16.7).

Así, una y otra vez observamos que hay una sintonía entre las cualidades personales y la labor que Dios encomienda a sus siervos.

Me voy a permitir ampliar un artículo que publiqué hace unos años en relación al ministerio cristiano, y que representaba un esbozo sintético que pudiera servir como marco de referencia para un posterior desarrollo y estudio.⁴⁰

Cualidades pastorales

El ministerio pastoral no es un don, sino un estilo de vida. Ser pastor o anciano no tiene que ver con el cargo, sino con el ejercicio de la responsabilidad y el servicio. En una sociedad corrompida como era la cretense (Tit 1.12), el apóstol Pablo consideró que la mejor estrategia para presentar el evangelio consistía en vidas transformadas por Jesucristo; es decir, personas cuyo estilo de vida pudiera servir como marco de referencia para su generación, dentro o fuera de la iglesia.

Por ello, el énfasis que detectamos en el Nuevo Testamento en cuanto a los ancianos y pastores tiene que ver con las cualidades espirituales, no con los dones. Es evidente que la Palabra de Dios no tiene en mente personas perfectas para poder desarrollar el ministerio, ya que, en ese caso, todos estaríamos incapacitados.

⁴⁰ Pedro Álamo, *La dimensión pastoral del ministerio cristiano* (Andamio: Barcelona, 1999), núm. 4, pp. 35 y ss.

Lo que la Escritura sugiere tiene que ver con personas dignas de ser imitadas. No se trata, entonces, de personas que no caerán jamás, sino de aquellas que desarrollan calidad de vida y que, cuando tropiezan, saben levantarse, volver al Señor y, después del proceso de restauración, siguen sirviendo a Dios, siempre conscientes de su debilidad y de la necesidad que tienen del Señor. Más adelante veremos algunos ejemplos bíblicos de la caída de grandes siervos de Dios y su proceso de restauración.

El problema con el que nos encontramos en nuestro evangelicalismo moderno es que se ha convertido a los pastores en semidioses, seres sobrehumanos que están por encima de las limitaciones de cualquier mortal, personajes que superan todos los obstáculos y tienen soluciones para todos los problemas. Conocen las debilidades de los miembros de la Comunidad, son sensibles a cada uno de ellos, saben llorar con todos y reír cuando es el momento apropiado; son prudentes, pero a la vez saben estimular a cada persona para que se esfuerce. El pastor conoce la diferencia entre mantener cierta distancia y permanecer cercano, intuye el estado emocional de cualquier miembro de la Comunidad (es casi un adivino), sabe enseñar, predicar, evangelizar, curar el alma; es pastor, médico, psicólogo, padre, amigo, hermano... Es incombustible, siempre accesible; tiene palabras de consuelo cuando es necesario, y de exhortación cuando es evidente; discierne cuándo es oportuno llamar a un miembro, cuándo es el instante de visitarlo y cuándo el momento en que no hay que tomar ninguna iniciativa. Nunca manifiesta malhumor, no se fatiga (ya que lo sostiene el Señor), no dice una palabra más alta que otra, es educado, formal, simpático, agradable, buen maestro, mejor marido, excelente padre... No es extraño que, cuando un pastor falla, todo el tinglado se venga abajo.

Y yo me pregunto, ¿qué imagen estamos queriendo crear y transmitir? El siervo de Dios no es perfecto, tiene sus debilidades, también frustraciones. Es un pecador arrepentido... La Biblia no esconde las miserias de los siervos de Dios y no por eso son rechazados por el Todopoderoso. ¿Qué diríamos de las mentiras de Abraham? ¿Y de la embriaguez y exhibicionismo de Noé? ¿Y de las ligerezas de Sansón? ¿Y de los caminos que siguió David? ¿Y de la cantidad de mujeres que tuvo Salomón? ¿O qué decir de la hipocresía del apóstol Pedro? ¿Quizás podríamos decir que Pablo era autoritario? Insisto, la Escritura *no esconde las debilidades* de los que sirven a Dios. Esto nos ha de enseñar a no endiosar a los pastores o ancianos, sino a considerarlos en mucha estima, incluso a pesar de sus flaquezas.

Entonces, ¿por qué el énfasis en la Escritura sobre las cualidades de los siervos de Dios? La respuesta no es fácil, pero se corresponde con el sentido común y el contexto general de la Palabra. Una persona podrá ejercer la labor pastoral si reúne los requisitos espirituales demandados por el Señor; lo cual no quiere decir que carezca de errores y pecados. Lo que ocurrirá es que cuando caiga, aceptará la instrucción, corrección y disciplina del Señor, lo cual le habilita para seguir sirviendo a Dios después del proceso adecuado de restauración.

La *tesis principal* que sostengo es que los pastores son personas con una serie de cualidades que permiten calibrar su talla espiritual, son seleccionadas por Dios para ejercer el ministerio pastoral y reconocidas por la Comunidad Cristiana, lo que les habilitará para socorrer al que tropieza. Un pastor no se puede imponer sin la aceptación de la iglesia; de lo contrario, ¿cómo va a pastorear?⁴¹ Es a partir de esas cualidades personales que

⁴¹ Recomiendo el excelente trabajo de José I. González Faus, *Ningún obispo impuesto (San Celestino, papa). Las elecciones episcopales en la historia de la Iglesia* (Santander: Sal Térrea, 1992).

CAPÍTULO 6

Agentes de restauración: la Comunidad Cristiana

Hasta ahora hemos visto como agentes de restauración la persona afectada, Dios, los pastores y, ahora, vamos a centrar la atención en la Comunidad Cristiana. Podemos anticipar que no hay restauración eficaz si no se hace desde la iglesia; la persona que ha caído ha de ser restaurada a la comunión de la iglesia, por lo que la labor de los miembros de la Comunidad es muy importante para la salud espiritual de todos y cada uno de los creyentes. A partir del pecado, algo se ha roto; ahora hay que recomponerlo; es posible que no quede igual, pero las relaciones han de ser sanadas, permitiendo el proceso natural de cicatrización, para que la iglesia no se resienta. No servirá de nada hacer la vista gorda, tratar de tapan el problema o, incluso, alargar el proceso de convalecencia. El mayor beneficio para la iglesia es salir al paso, enfrentar la cuestión y buscar los procedimientos necesarios para generar sanidad.

Ya hemos mencionado antes el texto de Colosenses 3.16, donde Pablo se refiere a toda la iglesia y les dice: *La palabra de*

Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros (lit.: a vosotros mismos) en toda sabiduría. El texto original da a entender que la enseñanza y la exhortación no la desarrollan tanto los miembros de la Comunidad, sino la Palabra de Dios, cuando mora abundantemente en los creyentes. Esto es normal, pues *de la abundancia del corazón habla la boca* (Lc 6.45). Si estamos llenos de la Palabra de Dios, manará la enseñanza adecuada para instruir y exhortar a los creyentes con el fin de favorecer su crecimiento espiritual; entonces, el resultado será la alabanza a Dios. Si no estamos llenos de la Palabra de Dios, el resultado será frustración y desencanto.

Una expresión que recorre todo el Nuevo Testamento y que Gene A. Getz ha desarrollado con mucha inteligencia es unos a otros (*ἀλλήλων*), e implica reciprocidad.⁶¹ Las comunidades neotestamentarias captaron la importancia de la labor que debían desarrollar todos y cada uno de los miembros de la iglesia para permitir y provocar su crecimiento espiritual. La iglesia no crece por el esfuerzo del pastor o del Consejo de Iglesia, sino por el hecho de que cada miembro cumpla con su función dentro del cuerpo de Cristo y según los dones que el Espíritu Santo ha otorgado a cada uno en particular. De ahí el énfasis de los escritores del Nuevo Testamento para hablar de la acción de los unos hacia los otros.⁶² Los textos rebosan reciprocidad, relación dinámica. Solo así, la restauración de los que caen será posible.

Esto es trascendental. Ninguno de nosotros entendería una empresa en la que solo trabaje el 20% de la plantilla, mientras el otro 80% está como espectador. Esa empresa no tendría mucho futuro.

⁶¹ Gene A. Getz, *Edificándoos los unos a los otros* (Terrassa: Clie, 1980).

⁶² Amaos unos a otros, servíos unos a otros, honraos unos a otros, perdonaos unos a otros, sobrellevad las cargas unos de los otros, soportaos unos a otros, saludaos unos a otros...

Un cuerpo en el que solo funcione el 50% de los miembros está atrofiado. Pensemos en las limitaciones que tiene una persona que ha perdido la vista o el oído, o un brazo, o ha tenido un problema en el riñón... En definitiva, Pablo enseña, a través de una excelente y gráfica imagen, que todos los miembros del cuerpo son necesarios y tienen su función (1 Cor 12).

De la misma forma, una iglesia que quiera crecer, desarrollarse y ser fructífera, tiene que entender y asumir que cada miembro de la Comunidad ha de desarrollar su función. De lo contrario, será una iglesia que no tendrá mucho que ofrecer a la sociedad y cuya seña de identidad será la atrofia. Por supuesto, esto no honra ni glorifica a Dios.

En otro lugar he hablado ya del texto de 1 Tesalonicenses 5.14:⁶³ *También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos.* Este texto es muy significativo para ayudarnos a discernir las necesidades de cada miembro en particular. El ocioso no necesita ser sostenido, sino amonestado; el débil no necesita amonestación, sino ser sostenido...

Por ello, la persona que ha caído tiene unas necesidades muy específicas que hay que descubrir; el discernimiento espiritual será clave para poder ayudar adecuadamente a esta persona. Necesitará amonestación en algunos momentos, aliento en otros, comprensión y abrazo en otros, confrontación en otros... Lo interesante de este texto es que es una exhortación dirigida no a los pastores, sino a los miembros de la Comunidad, es decir, a los hermanos. El texto es paralelo a v. 12: *Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros....* Verso 14: *También os rogamos, hermanos....*

El apóstol Pablo escribió a los tesalonicenses: *Si alguno no obedece a lo que decimos por medio de esta carta, a ése señaladlo, y*

⁶³ Pedro Álamo, *La Iglesia como comunidad terapéutica.*

CAPÍTULO 7

Principios y fundamentos de la restauración eficaz

En este capítulo vamos a plantear las bases fundamentales sobre las que se sustenta la restauración y que están en coherencia con todo lo mencionado anteriormente.

Podemos abordar el tema desde diferentes puntos de vista, considerando las distintas opciones que nos plantea la psicología, la teología pastoral, la eclesiología... Yo he preferido centrarme en una doble perspectiva: los principios y bases que ha de tener en cuenta la persona que ha caído y los que ha de tener en cuenta la Comunidad Cristiana. Evidentemente, estas dos perspectivas son complementarias y necesarias; no podemos entenderlas separadamente. Sencillamente las consideramos aparte por cuestiones didácticas o pedagógicas. Además, se van entrelazando de manera continuada.

Estos principios o fundamentos son necesarios para evitar errores de procedimiento. Las Escrituras nos enseñan a andar con diligencia, sabiamente y no con necedad, *aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos* (Ef 5.16). En el proceso

de restauración se ha de poner todo el empeño y sabiduría, porque la debilidad se ha apoderado de la vida de una persona y se ha hecho frágil. Veamos, pues, algunos principios y fundamentos de la restauración eficaz.

Principios y fundamentos para la persona que ha caído

En primer lugar, no culpar a otros de nuestras conductas. Posiblemente este sea uno de los recursos que use la persona cuando es sorprendida en alguna falta: justificar lo que ha pasado o culpar a otros.

Si realmente se desea la restauración, la persona que ha caído ha de comenzar por reconocer su responsabilidad y pecado. Echar las culpas sobre los demás no hará sino provocar mayor perjuicio personal y comunitario. No siempre es fácil.

Hay dos sentimientos que acompañan siempre al pecado: la vergüenza y el miedo. Esto es lo que experimentaron Adán y Eva en los orígenes cuando, después de comer del fruto prohibido, conocieron que estaban desnudos, se hicieron delantales, se escondieron de la presencia del Señor y a la pregunta de Dios, Adán respondió: *Oí tu voz en el huerto y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí* (Gn 3.10).

Cuando Dios confronta a Adán y le pregunta si le ha desobedecido, la actitud es echar la culpa al otro: *La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y yo comí* (Gn 3.12). La mujer culpó a la serpiente. Esta actitud dificulta la restauración; es como si dijeran a Dios: «No teníamos otro remedio».

Desde el punto de vista psicológico, culpar a los demás de lo que nosotros hacemos es un mecanismo de defensa; pensamos que eso nos protege, nos hace menos vulnerables y más fuertes como personas. Sencillamente no es cierto. Por eso, el concepto de pecado no es popular en nuestros días. Es más

fácil culpar a la sociedad de nuestras propias debilidades y, así, difícilmente podremos avanzar.

Por supuesto, reconocemos que el entorno nos puede condicionar enormemente, pero nosotros somos los primeros responsables de nuestras acciones. Por ejemplo, vivimos en una sociedad que nos estimula al consumo, a tener cada vez más dinero, a vivir mejor... Yo puedo tener la tentación de apropiarme de lo que no es mío y llegar a justificar el robo, el hurto o el fraude para conseguir aquello que no tengo; también puedo usar la mentira en los negocios para ganar más..., y posiblemente funcione a corto plazo, pero lo que estaré haciendo es empobrecerme como persona a un ritmo vertiginoso. Al final, cuando soy sorprendido en esa falta, puedo seguir cegado por el pecado y decir que la sociedad me ha empujado a ello, concluir que todo el mundo lo hace, o indicar que, en el mundo de los negocios, no hay otro camino...

La mentira nos hace débiles, mientras que la verdad nos fortalece como personas. Es cierto que, como consecuencia del pecado, experimentaremos la vergüenza y el miedo; pero, cuando somos confrontados, la salida más digna es reconocer lo que hemos hecho mal, buscar el arrepentimiento y el perdón de Dios. Este será el camino de la restauración; al principio es doloroso, pero el final estará lleno de paz y bendición porque permitiremos que el Espíritu Santo haga su obra en nosotros.

En segundo lugar, evitar actitudes defensivas. Este principio está muy relacionado con el anterior, pero tiene matices diferenciadores. Cuando un animal está acorralado, tiende a defenderse de forma agresiva; entonces, la mejor defensa es un buen ataque. Con las personas no es diferente. En lugar de justificar lo que hemos hecho, pasamos a la acción y atacamos. Esta reacción es normal cuando uno se siente acorralado, para ocultar su pecado o minimizar su acción. Una vez más, es una respuesta emocional al miedo que experimentamos y, en muchas ocasiones, es automática, aunque consciente.

CAPÍTULO 8

Metas de la restauración

Todas las conductas están orientadas hacia una meta. Para conseguir las metas nos proponemos objetivos, que son más asequibles, algo así como pasos intermedios que nos permiten llegar a lo que nos hemos propuesto inicialmente. Por ejemplo, nos levantamos por la mañana temprano para ir a trabajar (objetivo), nos aseamos y vestimos para tener una buena presencia (objetivo), nos alimentamos para tener energías suficientes en los quehaceres cotidianos, cumplimos con nuestra obligación para no perder el empleo (objetivo) y todo ello para ganar un salario que nos permita sostener a nuestra familia (meta), o conseguir una casa más espaciosa y confortable...

Todas las empresas funcionan a partir de metas, normalmente, la rentabilidad. Se trata de desarrollar la fórmula que maximice el beneficio con el mínimo coste. Los distintos departamentos existen para conseguir los objetivos y metas propuestos por el Consejo de Dirección de la empresa. Cada uno conoce su cometido; los gerentes saben hacia dónde quieren dirigir la empresa y en qué lugar desean estar en los siguientes

años y para ello desarrollan estrategias de crecimiento y expansión.

Una iglesia que quiera desarrollarse tendrá metas y objetivos para evitar caer en la rutina, víctima de la tradición. La Comunidad que no tiene una meta, seguramente se perderá en la multitud de los senderos de la vida y desperdiciará la oportunidad de presentar a la sociedad una alternativa coherente y válida para enfocar la existencia, con unos valores de contraste.

Sería inimaginable concebir una nave en medio del océano que no tiene rumbo, que no tiene una meta, un destino. Será llevada de un lado a otro y lo más probable es que sucumba en medio de la tormenta. Así también, una Comunidad que no dispone de orientación, ni de objetivos específicos para su desarrollo, ni de metas concretas a las que aspirar, se irá apagando progresivamente, perdiendo su vitalidad y sentido, refugiándose en la ortodoxia y erradicando cualquier iniciativa de cambio y renovación; la tradición pesará más que la propia vida eclesial y terminará por apagar el espíritu.

En el proceso de restauración, también hemos de propo-
nernos objetivos y metas, saber hacia dónde queremos ir; este es el tema que vamos a desarrollar a continuación. En los siguientes capítulos hablaremos del camino que tendremos que seguir para conseguir estas metas.

Primera meta de la restauración: la reconciliación

El Señor Jesús, en su discurso programático de inauguración del Reino de los Cielos, al presentar la dinámica relacional de los que pertenecen al pueblo de Dios indica: *Si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda*

(Mt 5.23-24). Es evidente que el texto no está hablando del pecado cometido por un hermano, pero la enseñanza general que prima en este texto es la de generar relaciones armoniosas en el seno de la Comunidad de discípulos y esto tiene que ver con la reconciliación. Lo mismo se desprende del texto clave en el proceso descrito en Mateo 18 que más adelante consideraremos (*Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele... has ganado a tu hermano*, v. 15).

Por otro lado, el fundamento sobre el que descansa nuestra relación con Dios tiene que ver con la reconciliación (Ro 5.11; 2 Cor 5.18-19) que él ha llevado a cabo. Por citar un texto más: *Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte...* (Col 1.21-22). El sistema sacrificial definido en la Torá tenía como meta la reconciliación (Lv 19.22; 14.21, 29; 23.28; Nm 28.22; 29.5).

De la misma manera, si nosotros hemos experimentado realmente la gracia de Dios y hemos sido testigos de su misericordia siendo pecadores, ¿no será lógico buscar la reconciliación entre los creyentes de la Comunidad? ¿No será sensato trabajar por la recuperación espiritual de los que caen para que sean reconciliados con Dios y con los miembros de la iglesia? ¿No es esto lo que el Señor espera de nosotros? ¿No es esta la esencia del evangelio?

Segunda meta de la restauración: la comunión

Podríamos decir que la comunión es el efecto visible de la reconciliación. Los discípulos de Jesús, después de que el Espíritu Santo vino sobre ellos y predicaron el evangelio, según nos relata el doctor Lucas, *perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones* (Hch 2.42). Este texto es muy importante,

CAPÍTULO 9

El proceso de restauración: generalidades

En este capítulo vamos a plantear algunos conceptos generales que podemos aplicar en el proceso de restauración de la persona, que son los mismos que observamos en el de la restauración del pueblo de Dios.

Para ello vamos a centrar la atención en algunos textos del libro de Nehemías. La situación no era muy halagüeña, pues el pueblo de Dios había sido llevado cautivo a Babilonia en el siglo VI a.C. Con el paso del tiempo, algunos cautivos recibieron permiso para volver a Palestina y decidieron efectuar una restauración de la muralla y de las casas que estaban destruidas. El propio Nehemías recibió este informe: *El remanente, los que quedaron de la cautividad, allí en la provincia, están en gran mal y afrenta, y el muro de Jerusalén derribado, y sus puertas quemadas a fuego* (Neh 1.3). A partir de aquí, Nehemías ora al Señor y solicita que le guíe en los propósitos de restauración de Jerusalén y del pueblo de Dios.

El proceso que observamos en el libro de Nehemías no se puede cambiar. Veamos cuál es ese proceso y consideremos por qué ha de ser seguido paso a paso, sin alteraciones:

1. Lectura y comprensión de las Escrituras (Neh 8).
2. Confesión de pecado (Neh 9).
3. Compromiso del pueblo (Neh 10).
4. Restauración (Neh 11).
5. Alabanza (Neh 12).

En algunos sectores se piensa que la restauración y el avivamiento en el pueblo de Dios vienen por una transformación en la alabanza. En mi opinión, es un error. La alabanza es el resultado de la transformación, no el desencadenante. Una iglesia renovada alaba a Dios de una forma especial; es una evidencia de la vivencia de la Comunidad. Una iglesia que pretende su renovación espiritual a partir de la alabanza estará falseando la realidad y se habrá instalado en la apariencia; no hay más que rascar un poco en la vida de los miembros para verificar que, seguramente, estará caracterizada por la superficialidad.

Lo que observo en los capítulos que hemos propuesto como base de nuestra reflexión es que el inicio de la restauración está en la lectura, meditación y comprensión de las Escrituras y propongo que no puede haber transformación si no es a partir de este primer paso. Cuando uno (o un pueblo) es tocado por la Palabra de Dios, lo normal es que le lleve a confesar el pecado. A partir de ahí, el pueblo estará en condiciones de asumir un compromiso de servir a Dios. La consecuencia lógica será que ese pueblo será restaurado y podrá dedicarse a la alabanza a Dios. No se pueden invertir los términos.

Por ello, aquellos que centran su predicación en la necesidad de un compromiso a priori, poniendo cargas innecesarias que inducen sentimientos de culpa, tendrían que reconsiderar lo que están haciendo y buscar la dirección del Señor. El

camino de Dios pasa por el aprendizaje de la Palabra (Neh 8), sigue por la confesión (Neh 9) y culmina con el compromiso de servicio (Neh 10). A partir de ahí, es restaurado (Neh 11) y la consecuencia lógica es la alabanza (Neh 12). Esto es de vital importancia para la persona que ha caído, pues la experiencia del pueblo de Dios le ofrece un adecuado marco de referencia. Vamos a verlo por partes de una forma sintética.

Lectura y comprensión de las Escrituras (Neh 8)

El proceso de restauración en el pueblo de Dios se inicia a partir de la Palabra de Dios. Varios aspectos significativos aparecen en este capítulo:

Primeramente, destacamos la importancia de estar atentos a la Palabra de Dios (vs. 1-7). La Ley fue leída delante de hombres, mujeres y de *todos los que podían entender* (v. 2-3). Además, la lectura fue larga, *desde el alba hasta el mediodía* (v. 3). Esto podía plantear una pérdida de atención, pues la concentración se debilita con el paso de los minutos, pero el efecto que produjo fue el contrario, pues en tres ocasiones nos dice que el pueblo estuvo atento (vs. 3, 5, 7).

En segundo lugar, tenemos que mencionar la necesidad de entender la Palabra de Dios (vs. 8-12). La lectura era clara (v. 8), y había 14 personas allí para explicar la Ley de Dios (vs. 4, 8, 9). Cuando la Palabra de Dios es entendida, se producen reacciones emocionales: lágrimas y alegría (vs. 9, 12). Oír la Palabra no produce apenas efecto, pero entenderla (escucharla) sí.

En tercer lugar, después de estar atentos y entender la Palabra de Dios, deciden obedecerla (vs. 13-18). La responsabilidad comienza por los cabezas de familia (v. 13) que quisieron entender mejor la Palabra de Dios; encontraron un

CAPÍTULO 10

El proceso de restauración: pasos

Ya hemos visto en el capítulo anterior el proceso básico de restauración que se inicia al ser confrontado con la Palabra de Dios y trae como primer resultado el arrepentimiento y la confesión para adquirir un compromiso de fidelidad al Señor.

Podemos ver otro ejemplo en el Nuevo Testamento. La iglesia de Éfeso era modélica en muchos sentidos, aunque no perfecta; su testimonio era digno, pero había algo que a Dios no le agradaba: había dejado su primer amor (Ap 2.4). A partir de ahí, el mismo Dios plantea el procedimiento para la restauración (v. 5):

Primeramente, *recuerda de dónde has caído*. Aquí se usa un adverbio de lugar (πóθεν), lo que nos invita a pensar no tanto en las causas de la caída, sino en el lugar donde se encontraba previamente la iglesia. Es una invitación a considerar los privilegios que se tenían en el estado previo al tropiezo. Aquí se relaciona con el primer amor (v. 4), que no es un sentimiento, sino una forma de vivir.

Por otro lado, al recordar de dónde se ha caído, se proyecta, psicológicamente, una meta; es decir, el lugar en el que deberá estar después del proceso de restauración.

De la misma forma, la persona que ha caído ha de recordar cuál era su estado previo al tropiezo, cómo era su vigor espiritual, sus privilegios de hijo de Dios...

Seguidamente, *arrepíentete* (μετανοέω). El verbo es un imperativo aoristo, lo que expresa un mandato. La palabra usada tiene que ver con un cambio en la manera de pensar, lo que afectará a la conducta.

La persona que ha caído necesariamente ha de arrepentirse; es decir, ha de cambiar su manera de pensar respecto a Dios, respecto al pecado, respecto a sí mismo, respecto a la Comunidad, respecto a los demás... El arrepentimiento, necesariamente, ha de llevarle a la acción.

Finalmente, *haz las primeras obras*. Con esto tiene que ver el primer amor que hemos mencionado antes; el amor no es palabra, sino obra; no es sentimiento, es acción.

La persona que ha caído ha de recuperar su primer vigor, dejar de hacer el pecado y practicar las obras que corresponde a los hijos de Dios demostrando así su amor por Él.

Veamos el texto más significativo del Nuevo Testamento respecto al proceso de restauración de la persona que cae:

Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano. De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo. Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por

mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete (Mt 18.15-22).

El contexto

Este pasaje está enmarcado entre varias secciones muy significativas que enfocan hacia la humildad y el perdón y todas ellas parece que forman un bloque compacto. Veamos cada una de ellas.

El capítulo comienza con una pregunta sobre quién es el mayor en el Reino de los Cielos (v. 1). La pregunta tiene miga, pues corresponde a las relaciones de poder y prestigio existentes en la sociedad judía del primer siglo. Jesús estaba inaugurando un nuevo sistema basado en la igualdad y los discípulos, en ese nuevo reino que se inaugura, todavía están pensando en el viejo orden.

La respuesta de Jesús es amplia, comenzando por llamar a un niño y enseñar que el mayor en el Reino de los Cielos es el que se humilla (v. 4).

La segunda sección del capítulo (vs. 6-9) contiene unas palabras dramáticas. Jesús enseña que si tu mano, tu pie o tu ojo te es ocasión de caer, sería mejor quitarlo para entrar en la vida y no ser condenado. Bajo esta perspectiva, todos estaríamos mancos, cojos o ciegos. Es imposible que cualquier hijo de Dios se mantenga sin caer. Entonces, ¿hacia dónde nos lleva el Maestro?

La tercera sección nos habla de la oveja perdida (vs. 10-14). La enseñanza central está en el verso 11: *el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido*. Cuando una oveja se pierde, el pastor deja a las demás y va en busca de la que se ha perdido y, cuando la encuentra, se regocija.

CAPÍTULO 11

Algunos ejemplos bíblicos de restauración

En la Escritura tenemos algunos casos de creyentes que se mantuvieron firmes ante la tentación y no sucumbieron a su seducción. Eran personas con sus luchas y limitaciones. Quizás el ejemplo más característico sea el de José cuando la mujer de Potifar le hizo ciertas proposiciones; él se mantuvo fiel a sus principios y rehusó la invitación a pesar de las consecuencias tan nefastas que le trajo. No obstante, Dios era el que todo lo veía y, al final, la bendición no solo le alcanzó a él, sino a su familia.

Otros manifestaron cierta debilidad característica de los grandes siervos de Dios. Aquí podríamos recordar el caso de Elías, que era un hombre sujeto a las mismas pasiones que nosotros. Tenía una visión distorsionada de la realidad al pensar que solo él había quedado como profeta y deseó la muerte...; sin embargo, Dios realizó grandes prodigios a través de él. Otro ejemplo que encajaría aquí sería el de Jonás, profeta que huyó de la presencia del Señor para no obedecerle y, cuando no tuvo más remedio, predicó el mensaje de Dios y le disgustó la

actitud de arrepentimiento que hubo en Nínive. Dios tuvo que enseñarle grandes cosas.

De todas formas, respecto a estos dos grupos hemos de decir que no tenemos toda la información sobre sus vidas, por lo que desconocemos las debilidades que estos siervos de Dios tenían. Veamos un par de ejemplos:

- En la Escritura se presenta a Abraham como el padre de la fe, pero tuvo algunas debilidades, al punto de mentir por miedo a Abimelec, rey de Gerar (Gn 20.1 y ss.).
- Noé fue una persona llena de fe y halló gracia a los ojos de Dios (Gn 6.8), aunque tuvo algunos problemas con el alcohol (Gn 9.20 y ss.).

Lo interesante de todo esto es que, a pesar de las debilidades manifiestas, el Señor les amó y desarrolló grandes hazañas a través de ellos, sin esconder sus debilidades.

Aún hay un tercer grupo de creyentes que, víctimas de la tentación, cayeron y fueron restaurados para la causa de Dios. En este grupo desearía centrar la atención para observar el proceso de restauración descrito en las Escrituras. Los dos primeros ejemplos corresponden a dos siervos de Dios, David y Pedro; el tercero corresponde a un miembro de la iglesia de Corinto. Por último, mencionaré a grandes rasgos una confrontación entre Nehemías y algunos nobles del pueblo de Dios. Todo ello ha sido escrito para nuestra maduración como personas y como creyentes.

El rey David

El rey David fue un hombre extraordinario, con una sensibilidad excepcional. También fue una persona que descendió

al pozo cenagoso al haber sido arrastrado por el pecado. Los creyentes nos deleitamos hoy en sus salmos, cantos llenos de pasión y delicadeza, en los que la confianza en el Señor es la tónica dominante, incluso en momentos difíciles y comprometidos.

La Escritura nos muestra la grandeza de David y no esconde sus miserias. En el día de hoy, seguramente, no aceptaríamos una persona así en la congregación y menos en el pastorado. Calificativos como hipócrita, falso, vividor... sonarían de manera constante al contemplar la gravedad de su conducta. Sin embargo, la Palabra de Dios ha registrado los acontecimientos para nuestra reflexión y meditación, con el fin de que aprendamos que la gracia de Dios es capaz de perdonar el más horrible pecado que un siervo de Dios pueda cometer. Esto nos ha de llenar de agradecimiento, de ilusión y de esperanza, al creer en un Dios que da nuevas oportunidades a sus hijos porque se deleita en misericordia.

Veamos el proceso que se desarrolló en la caída y, posteriormente, observaremos el de la restauración.

En la *caída* de David hubo varios pasos:

Primeramente vemos que David, en lugar de salir a la guerra, se quedó en Jerusalén. El texto indica que era el tiempo en el que *salen los reyes a la guerra* (2 Sam 11.1). El rey envió a Joab y a su ejército contra los amonitas. Es interesante pensar que la tentación aparece en momentos de menor actividad, cuando la mente parece estar más ociosa.

En segundo lugar, la tentación se inició a través de los sentidos, en este caso, la vista: *se paseaba sobre el terrado de la casa real; y vio desde el terrado a una mujer que se estaba bañando* (2 Sam 11.2). Cuando sabemos el proceso por el que se inicia la tentación, podemos aprender a evitarla.

En tercer lugar, podemos deducir que no se trató de un vistazo casual, sino de una mirada detenida. El texto nos

indica: *la cual era muy hermosa* (11.2). Observar o reconocer la belleza de una persona, ya sea varón o mujer, no es malo; deleitarse en ello, puede despertar en el creyente un impulso que le empuje al pecado. David no puso freno, sino alimentó sus pasiones.

Todo podía haber quedado en una anécdota, pero David dio un paso más: quiso saber quién era y se informó (11.3). El deseo podía más que la razón. Como hemos visto más arriba cuando consideramos la tentación, al principio todo tiene que ver con un proceso mental; posteriormente, tiene que ver con la conducta. En un punto intermedio que desconocemos, nos dice Santiago, se concibe el pecado (Stg 1.15). Seguramente David ya había pecado en su corazón cuando mandó llamar a la mujer. El evangelio dice: *Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón* (Mt 5.28). Esto significa que, en algún punto intermedio, se produce el cambio que va del impulso al deseo. Jesús, confrontando el legalismo farisaico, enseña que el pecado no está solamente en la acción, sino en el pensamiento; lo primero es externo y puede ser visto por todos, mientras que lo segundo es oculto, pero conocido por Dios, a quien no se puede engañar.

En quinto lugar, David abusó de su poder, pues envió unos mensajeros y la tomó (v. 4). ¿Quién podía negarse ante un requerimiento del mismo rey? Betsabé acudió a la cita. El terreno que David estaba pisando era extremadamente resbaladizo. ¿Qué intenciones tenía David cuando la mandó llamar? Parece bastante evidente lo que pretendía.

En sexto lugar, se acostó con ella (v. 4). Betsabé se volvió a su casa y, aparentemente, no había pasado nada; nadie se había enterado de lo ocurrido. Pero, como en tantos otros casos, el pecado complica las cosas y la mujer quedó embarazada (v. 5) y lo hizo saber a David. El rey tuvo que pensar rápidamente en una solución. En estos casos, la mente está muy despierta,

CAPÍTULO 12

Llamados a restaurar a los heridos

La Iglesia, como Comunidad que sigue los caminos de Dios, está llamada a restaurar a los heridos. No importa la clase social, ni la raza, ni el credo que se profese. Cualquier persona herida necesita unos cuidados específicos y, en ocasiones, intensivos con el fin de recobrar la oportunidad de desarrollar una vida plena y satisfactoria.

Qué triste es dar la espalda al que tropieza; la Iglesia que descuida al hermano que cae no ha conocido o experimentado el verdadero evangelio. ¿Qué pensaríamos de un médico que, ante una situación de emergencia, decide no ver a una persona herida y le da la espalda?

El evangelio sana; solo tenemos que encontrar la fórmula que nos permita evidenciarlo. Una de ellas tiene que ver con ser iglesia y, en la medida en que la iglesia asume su naturaleza, está en condiciones de ser una Comunidad Restauradora capaz de extender el Reino de los Cielos hasta cotas insospechadas; y

no estamos hablando de éxito tal como se interpreta en nuestra sociedad, sino de oportunidad para que el mensaje de Dios corra libremente desde la proclamación y desde la vivencia cristiana; así configuraremos un pueblo único, diferente, con una alternativa vital capaz de fascinar a un mundo materialista.

En estas páginas hemos pretendido aportar una reflexión sobre la Escritura respecto a la función restauradora de la Comunidad Cristiana, que no es otra cosa que la esencia del mensaje del evangelio, que es reconciliación, justicia, perdón, gracia, paz... Dios ha tomado la iniciativa para proveer de los medios adecuados y necesarios que posibiliten nuestra recuperación como personas alejadas de él. Por ello, la Iglesia está llamada a restaurar a los heridos; es decir, a los que caen, a los que tropiezan, a los que pecan; está llamada a facilitar la restauración integral de la persona desde que conoce el evangelio de la gracia de Dios y, a partir de ahí, favorecer su desarrollo integral, atendiendo a las demandas del cuerpo, del alma y del espíritu, porque la persona representa una unidad y la Escritura no hace distinciones o dicotomías.

La Escritura es clara al mostrarnos la grandeza y miseria del ser humano; ni siquiera ha pretendido esconder los pecados de los grandes siervos de Dios en cuyas vidas y hazañas nos complacemos. Por ello, cuando un hermano nuestro cae en una de las batallas de la vida, los demás miembros de la Comunidad, lejos de alejarse, ausentarse o apartarse, han de estar cercanos, presentes, abiertos, dispuestos a curar las heridas que se hayan producido para permitir su recuperación personal que redunde en gloria y honra para Dios.

Solo si la Iglesia es capaz de *asumir este reto*, podrá desarrollar su función en los demás ámbitos de su existencia y el evangelio no quedará mutilado.

Hemos hablado de la realidad del pecado a nuestro alrededor y de la necesidad de acotarlo para no añadir o quitar nada

a la Palabra de Dios, que ha de ser nuestra luz y guía en este difícil camino; de manera que, cuando vemos a un hermano que cae en pecado o es sorprendido en alguna falta, estamos llamados a ayudarlo, desde la convicción de que hoy le ha tocado a él y mañana nos puede tocar a nosotros. Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes (Stg 4.6). Por ello, los que tienen conciencia de su propia condición y naturaleza son los más aptos para este menester, porque han desterrado la soberbia y han adoptado la mansedumbre como norma de vida.

¿Cuántas veces perdonaremos a nuestros hermanos que caen? Ya hemos visto que la lección de Jesús es clara y evidente; el problema, en nuestros días, no es de información, sino de disposición. Cuando la Iglesia asuma que no está para juzgar sino para amar, las puertas de la esperanza se abrirán de par en par, permitiendo que muchos hermanos no queden en el camino maltrechos, dañados, desorientados, sin rumbo, sino guiados por la luz del evangelio en medio de las tinieblas; así, la soledad se tornará en auténtica comunión cristiana y la presencia y obra del Espíritu Santo harán brotar una nueva ilusión.

Me temo que la Iglesia de nuestro tiempo no está a la altura de las circunstancias y que el politiqueo religioso ha de ser demolido para dejar paso a la brisa fresca de la renovación que permita recuperar la vitalidad del Espíritu.

La Iglesia está *llamada a la restauración* de los heridos, y a hacerlo de una forma integral. Esta es la enseñanza del Nuevo Testamento cuando dice que *los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él* (1 Cor 12.25-26).

Recordemos que el pecado siempre trae como consecuencia daño y dolor, mientras que la gracia, la misericordia y el amor, proveen salvación y restauración.

Nosotros hemos creído en el Dios de toda esperanza, pues la Escritura dice: *Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus*

pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar (Is 55.7).

Desearía terminar esta exposición con un poema titulado «La casa de mi Padre», de Nuria Pradas, amiga y hermana, a quien agradezco su permiso para poner este broche de oro:

*Sigo conservando cicatrices
como trofeos no deseados después de la derrota
envolviendo mi angustia entre huellas de sal.
¿Nacerá el alba otra vez?*

*Miro la silueta derrotada
con el aliento de conocer el gusto de la misericordia
tantas veces envolviendo mis miserias.
¿Habrà una voz que no recuerde mi pecado?*

*No necesito nada ilícito que
endulce el rigor de mis fracasos. Conozco uno por uno
sus dobleces, su olor a desconcierto.
¿Saldré de este fango?*

*Tal vez no pueda solo.
¿Una mano compasiva dejando el puñado de piedras en el suelo
me dará cobijo entre las hierbas?
¿Calentará el hielo de mis venas?*

*Tú la dejaste aquí Señor.
Creo haberla encontrado porque siento esa tibieza extraña
del final de la angustia de un tiempo inmensamente largo.
¿Es este tu Cuerpo aquí en la tierra?
¿Es esta la niña de Tus ojos que no sabe mirar de otra manera
sino como Tú lo hiciste?*

Con Amor, simplemente, sin reparos.

*Creo haber encontrado la casa de mi padre.
Necesito encontrar allí también Sus brazos.*

Nuria Pradas. Junio 2005.

APÉNDICE 1

Cualidades pastorales

Las cualidades espirituales que menciona el apóstol Pablo como integrantes del carácter pastoral aparecen registradas en 1 Timoteo 3 y Tito 1:¹¹⁵

Irreprensible (ἀνεπίληπτος): intachable, de buen nombre; que no se le pueda coger por ningún sitio. Persona que tiene una buena reputación. Esta palabra resume todas las demás cualidades que Pablo enumera a continuación. Tiene que ver con la opinión que los demás tienen de él. Tres veces insiste el apóstol Pablo en esta cualidad; además, la justifica diciendo que es necesario (δεῖ). Esta cualidad también se solicita de los

¹¹⁵ Para una reflexión más desarrollada repásese el libro de Gene A. Getz, *La medida del hombre* (Maracaibo: Editorial Libertador, 1979), donde se hace un análisis detenido de cada una de las cualidades bíblicas. Más recientemente se ha publicado una versión corregida bajo el título *La medida del líder* (Puebla: Ediciones las Américas, 1995).

diáconos (1 Tm 3.10) y es la meta para cada creyente (1 Cor 1.8; Col 1.22).¹¹⁶

Marido de una sola mujer. ¿Se está refiriendo Pablo a una persona que solo ha convivido con una única mujer? Creo que no; de lo contrario, un hombre cuya esposa ha fallecido, ¿estaría incapacitado para el ministerio si se casa con otra? La respuesta es obvia. El apóstol puede estar refiriéndose a dos aspectos fundamentales: en sentido físico (no uno que tuviera varias mujeres) y mental (no uno que imagina relaciones con otras mujeres o sencillamente las desea).

Sobrio (νηφάλιος): *Significa estar libre de la influencia de productos embriagantes.*¹¹⁷ Persona estable y firme, con pensamiento claro, sereno, equilibrado. Persona con autocontrol y temple. La expresión es muy gráfica, ya que una persona alcohólica tiene su vida dominada por la bebida y se ha convertido en un esclavo; no lo puede controlar, dirigiendo su vida hacia el desastre en todos los órdenes. Un pastor sabe controlar su vida.

Prudente (σώφρων): persona humilde, con juicio equilibrado (mente sana), con dominio propio. Esta palabra está relacionada con φρήν, que significa mente. Se trata de una persona comprensiva, razonable, sensata, que usa su entendimiento para hacer lo conveniente.

Decoroso (κόσμιος): La palabra usada aquí se relaciona con κόσμος; este grupo de palabras se refiere al orden y, de ahí, el adorno. El pastor vive de tal manera que adorna la doctrina de Dios, ya sea en su forma de vestir, en su manera de hablar, en el contenido de sus conversaciones, en la administración de su casa, en las relaciones sociales...

¹¹⁶ El apóstol Pablo usa la misma palabra en todos estos textos.

¹¹⁷ Vine, Sobrio, *Diccionario expositivo*, IV:79.

Hospedador (φιλόξενος): la palabra usada aquí viene de dos términos griegos; uno denota amor y el otro extranjero; es decir, una persona que ama a los extranjeros. H. Bietenhard nos recuerda que, en la época primitiva, el extranjero es, fundamentalmente, un enemigo, ya que no se le conoce.¹¹⁸ La consecuencia lógica de ello es que al extranjero se le tiene temor. Es a partir de la religión que al extranjero se le contempla amigablemente y se le da hospitalidad.¹¹⁹ Entre los griegos y los romanos, la hospitalidad hacia los extranjeros era una costumbre. En el Antiguo Testamento, se recuerda que Israel es huésped en la tierra de Canaán, ya que, aunque la tomaron en posesión, no la tenían en propiedad; la propiedad era de Yahvéh, que protegía a los que habitaban en su tierra. De la misma forma, se solicita del obispo que sea hospedador; es decir, reconoce que tiene en posesión su casa, pero la propiedad es de Dios y, por lo tanto, recibe al extranjero (al que no conoce) y le da cobijo compartiendo sus bienes. Por lo tanto, se trata de una persona desprendida. Persona cuya casa está abierta y es accesible a cualquiera.

Apto para enseñar (διδακτικός): no se trata del don de la enseñanza. Algunos opinan que el término debe traducirse como dócil: se refería a una calidad de vida, una persona que es humilde, sensible y deseosa de conocer la voluntad de Dios y de transmitirla a otros. La misma palabra se usa en 2 Timoteo 2.24, donde se dice que el siervo del Señor ha de ser *amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen...* Aquí se relaciona la corrección con apto para enseñar. Hace referencia a las cualidades de una persona que hacen posible establecer una comunicación con otros.

¹¹⁸ H. Bietenhard, Extranjero, *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, II:160.

¹¹⁹ *Ibid.*

BIBLIOGRAFÍA

Obras en general

Adams, Jay E. *Capacitados para restaurar*. Terrassa: Clie, 1986.

Álvarez Gómez, Jesús. *Y Él los curó (Mt 15.30). Historia e identidad evangélica de la acción sanitaria de la Iglesia*. Madrid: Publicaciones Claretianas, 1996.

Bonhoeffer, Dietrich. *Vida en comunidad*. Salamanca: Sígueme, 1987.

Carson, Donald A. *¿Hasta cuándo, Señor?* Barcelona: Publicaciones Andamio, 1995.

Castillo, José María. *Espiritualidad para comunidades*. Madrid: San Pablo, 1995.

Crabb, Lawrence J. *Principios bíblicos del arte de aconsejar*. Terrassa: Clie, 1977.

Crabb, Lawrence J. *El arte de aconsejar bíblicamente*. Miami: Logoi, 1983.

Cramer, Raymond L. *La psicología de Jesús y la salud mental*. Miami: Caribe, 1976.

Friedman, Edwin H. *Generación a generación. El proceso de las familias en la Iglesia y la sinagoga*. Buenos Aires-Grand Rapids: Nueva Creación, 1996.

Getz, Gene A. *Bajo presión*. Miami: Vida, 1986.

Grounds, Vernon. *El evangelio y los problemas emocionales*. Terrassa: Clie, 1980.

Grün, A. y Müller, W. (dirs.). *Qué enferma y qué sana a los hombres*. Estella: Editorial Verbo Divino, 2000.

Jacobs, Michael. *Esa voz interior. Una introducción a la Consejería Pastoral*. Terrassa: Clie / Seut, 2000.

Lohfink, Gerhard. *La Iglesia que Jesús quería*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1986.

Lohfink, Gerhard. *¿Necesita Dios la Iglesia?* Madrid: San Pablo, 1999.

Lukasse, Johan. *Una Iglesia con impacto*. Terrassa: Clie, 2001.

Lloyd-Jones, Martín. *La depresión espiritual. Sus causas y su cura*. Jenison: TELL, 1991.

MacDonald, Gordon. *Restaurando su vida deshecha*. Miami: Unilit, 1993.

MacDonald, Gordon. *Ponga orden en su mundo interior*. Miami: Betania, 1989.

- Mira y López, Emilio. *Cuatro gigantes del alma*. Barcelona: El Ateneo, 1981, 10ª edición.
- Schaeffer, Francis A. *La verdadera espiritualidad*. Miami: Logoi, 1974.
- Servan-Schreiber, David. *Curación emocional. Acabar con el estrés, la ansiedad y la depresión sin fármacos ni psicoanálisis*. Barcelona: Kairós, 2004.
- Tournier, Paul. *De la soledad a la comunidad*. Terrassa: Clie, 1996.
- Tournier, Paul. *Biblia y medicina*. Terrassa: Clie, Andamio, 1998.
- Tournier, Paul. *Dinámica de la sanidad*. Terrassa: Clie, Andamio, 2003.
- Varios. *El Dios cristiano y el misterio de la enfermedad*. Salamanca: Ediciones Secretariado Trinitario, 1996.
- White, John y Blue, Ken. *Restauración de los heridos. El costoso amor de la disciplina eclesial*. Derfield: Vida, 1991.

Diccionarios

- Diccionario ilustrado de la Biblia*. Ed. por Wilton M. Nelson. Miami, EEUU: Editorial Caribe, 1975.
- Diccionario teológico del Nuevo Testamento*. Ed. por Lothar Coenen y otros. Salamanca: Sígueme. 4 tomos.
- Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*. Ed. por Ernst Jenni. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1978. 2 tomos.

Guerra, Manuel. *Diccionario morfológico del Nuevo Testamento*. Burgos: Ediciones Aldecoa, S.A., 1978.

Leon-Dufour, Xavier. *Vocabulario de teología bíblica*. Barcelona: Editorial Herder, 1982.

New Bible Dictionary. Ed. por J. D. Douglas. London, Inglaterra: InterVarsity Press, 1968.

Pabón, J. M. *Diccionario manual griego-español*. Barcelona: Bibliograf, S.A., 1980.

Theological Dictionary of New Testament. Ed. por Gerhard F. Kittel. Trad. por G. W. Bromiley. Grand Rapids, USA: Eerdmans Publishing Company, 1964-74. 9 vols.

Vine, W. E. *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*. Terrassa: Clie, 1984. 4 tomos.

Léxicos

Arndt, William y Gingrich, Wilbur. *A Greek-English Lexicon of the New Testament*. Chicago: The University of Chicago Press, 1957.

Brown, Francis. *The new Brown, Driver, Briggs, Gesenius Hebrew and English Lexicon*. Peabody: Hendrickson, 1979.

Liddel, H. G. y Scott, R. *A Greek-English Lexicon*. Oxford: Clarendon Press, 1973.

Moulton, J. y Milligan, G. *The Vocabulary of the Greek Testament*, s.1: Hodder & Stoughton Limited, 1930.

Thayer, Joseph Henry. *A Greek-English Lexicon of the New Testament*. Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1981.

Gramáticas

Berenguer Amenós, Jaime. *Gramática griega*. Barcelona: Bosch, 1984.

Dana, H. E. y Mantey, J. R. *Gramática griega del Nuevo Testamento*. Buenos Aires: Casa Bautista de Publicaciones, 1979.

Grasmick, John D. *Los principios y la práctica de la exégesis del griego*. Traducido por Andrés López.

Guerra, Manuel. *El idioma del Nuevo Testamento*. Burgos: Ediciones Aldecoa, S.A., 1971.

Meyer, Rudolf. *Gramática del hebreo bíblico*. Terrassa: Clie, 1989.

